

La visión de las campanas en ámbito valenciano.

“!Pobre Balensiya! La voz que llamaba a la oración de las torres ha sido sustituida por el ruido de las campanas”

Esta frase fue escrita por Ibn al-Albbar, el visir poeta que firmó las capitulaciones de la ciudad de Valencia en 1238. Sin duda muestra la temprana presencia de las campanas en tierras valencianas y lo rápido que estas ocuparon las torres de las mezquitas reconvertidas en los nuevos templos cristianos. En un primer momento se trataba de campanas de pequeño formato, que apenas superaban los 50kg y por tanto eran bastante fáciles de transportar. La tradición atribuye a dos campanas situadas frente la sacristía de la Catedral el honor de ser traídas por el mismo Jaime I, correspondiendo por sus características formales con piezas del siglo XIII, pero no son las únicas. También de época de la conquista cristiana es la llamada Campana de la Roqueta, similar a las catedralicias y que se encontraba en este importante lugar de culto a San Vicente Mártir. En la centuria siguiente ya encontramos piezas de notable tamaño, como es el caso de la *Caterina*, de 1305, en la Torre del Micalet, que progresivamente irán incrementando su peso. En la misma torre hallamos el *Jaume* de 1429, con un peso de 1750kg aproximadamente o la *Maria*, la campana mayor de 1544 y más de dos toneladas.

Durante siglos marcaron el ritmo de vida de los lugares donde se encontraban y mediante sus toques se organizaban las tareas diarias, fiestas y cualquier evento destacado. Sin duda su proceso de fundición era considerado todo un acontecimiento del que participaba toda la comunidad. El procedimiento habitual consistía en fundir los bronce en algún corral o a pie de torre, hay que tener en cuenta que hasta mediados del siglo XIX el trabajo de los fundidores era de carácter ambulante, siendo habitual que a nuestras tierras la presencia de franceses en época medieval y cántabros durante el siglo XVIII. Así en el *Micalet* la *Maria* fue refundida en 1544 por Joan Clerget, fundidor que posiblemente llegara desde Francia y a su paso por Barbastro y Zaragoza fue fundiendo campanas para sus respectivos templos catedralicios. Otro caso similar en la misma torre es el del *Vicent* (1569) fundida por Joaquín Balle, quien unos después aparece en Elche, realizando las campanas del Reloj de Calendura. En el siglo XVIII ya aparecen a destacados fundidores, por un lado la familia ROSES, con miembros como Pascual o Ramón Roses hacia finales de siglo o Josep LLEONART. Pese a su presencia no dejarán de llegar a nuestras tierras fundidores del norte de España, como Fermín DE ARGOS que trabaja en Forcall, Càlig o Alaquàs; o Antonio DE ARGOS en Onda.

Las campanas eran un elemento de vital importancia en la comunidad. Del entusiasmo y admiración que suscitaban conocemos bastante bien el caso de Valencia, con dos acontecimientos documentados del siglo XVIII, la fundición de las campanas nuevas de la parroquia de Santa Catalina y la de la campana mayor de la parroquia del Salvador. En el primer caso las campanas se fabricaron en Inglaterra en 1729 siendo traídas en barco a la ciudad. Cuentan las crónicas que las subieron en galeras ricamente decoradas con murta para transportarlas hasta el centro de la ciudad, precedidas de timbales y clarines, siendo aclamadas por las gentes a su paso. La expectación creció con su subida a la torre, así se aguardó con ansia su inauguración, ese día hubo un volteo general de todas las torres de la ciudad precediendo a las nuevas. Al cesar el volteo general estas empezaron a sonar, estallando las gentes que observaban su toque en júbilo. Los días siguientes, que coincidieron con las fiestas de la titular, las campanas continuaron sonando, acudiendo a escuchar su toque numerosas gentes de la huerta¹. Otro caso significativo es el de la campana mayor del Salvador,

1 VIDAL CORELLA, V. *Las campanas de la torre de Santa Catalina. Un suceso que apasionó a la Valencia del siglo XVIII*. Las Provincias (14-02-1960)

acontecimiento que conocemos por erudito Matheo Miguel Mendoza y Fuertes², el cual cuenta como la campana fue llevada sobre carro decorado con murta des del corral donde Josep LLEONART la fundió hasta la parroquia. También nos cuenta como en dos ocasiones la campana fue montada de nuevo en un carro y paseada por la ciudad acompañada por tamboril y dulzaina, como si se tratara de un pasacalle. La celebración continuó posteriormente con la solemne bendición de la campana y la subida a la torre.

Estos dos acontecimientos contrastan enormemente como se vivía en aquella sociedad y como estos acontecimientos se ven actualmente. Algunos ejemplos que ilustran esta nueva situación son la refundición de una de las campanas de la parroquia de San Esteban de Valencia, donde la *Maria de las Virtudes*, fue subida a la torre el mismo día en que la trajeron y sin la solemne bendición, hecho que hasta hace apenas unos años era totalmente impensable. Algo similar ocurre con las restauraciones de conjuntos de campanas, donde directamente pasan del camión que las trae a la grúa, presenciando la subida algunos pocos vecinos y algún que otro campanero.

Las destrucciones de campanas.

Tradicionalmente se ha dicho: *“bronce de campanas en tiempo de paz, bronce de cañones en tiempo de guerra”*.

El ejemplo que tenemos más documentado de destrucciones de campanas es el de 1936. La nueva maquinaria de guerra ya no utilizaba el bronce como aleación para el combate ni el armamento, no obstante a muchos sitios llegó la orden de retirar las campanas de los templos para emplearlas como material de guerra.

En realidad fue muy común que durante el asalto e incendio de las iglesias las campanas fueran lanzadas des de el propio campanario a la calle, respetando las campanas horarias, consideradas como de uso civil y alguna de las litúrgicas para emplearla como señal de alarma. Este proceso tuvo más bien un sentido simbólico, mediante el cual en cierto modo se acallaba una voz, por muchos vista como signo del dominio clerical sobre el pueblo. Numerosas campanas resistieron el golpe, algunas con roturas mínimas y fueron a parar a almacenes, donde permanecieron toda la Guerra Civil, junto con las que requisaron por ordenes gubernamentales. Así llegado 1939 varios almacenes contenían cientos de campanas, las mayoría de las cuales se desconocía su origen, ya que su ingreso los mismos no estuvo acompañado de un detallado inventario. De la destrucción se salvaron algunos campanarios, generalmente aquellos donde las campanas presentaban mayor dificultad de ser lanzadas o algunos en que los alcaldes las protegieron.

Estas campanas fueron repartidas entre las iglesias, quedando prohibido llevarse una campana más grande que la que se tuviera antes de 1936. Uno de los casos mas curiosos fue la campana mayor de la Iglesia de San Roque de Benicalap, que cuenta con la siguiente epigrafía: “S.RODRIGO PATRON NUESTRO ROGAD POR NOSOTROS/ FRANCISCUS / DE LA RIVA / ME FECIT ; M.P.: HIZOSE A COSTA DE LA VILLA SIENDO CORREXIDOR EL SEÑOR LIZENZIADO DON JUAN MAROQIN DE LA PENA ABOGADO DE LOS / REALES CONSEJOS Y COMISARIOS LOS SEÑORES D. ANTONIO CURADO Y VILLA VIZENZIO Y D. JAZINTO DE ARANDA AÑO DE MDCCXXXVIII.” Resulta un ejemplo muy ilustrativo, puesto que ni San Rodrigo es un santo de gran devoción en tierras valencianas, ni corregidor era un cargo de la Valencia de entonces, siendo posiblemente una campana castellana, que por varios motivos fue a parar en nuestras tierras. También fue protagonista de un suceso parecido la campana mayor de los Santos Juanes de Valencia, el famoso “*Borrego*”, que tras ser lanzada del campanario terminó en Barcelona, donde fue localizada y devuelta a la parroquia tras la guerra.

Además el auge que experimentó la Iglesia derivó en unas renovadas ganas de volver a llenar con campanas

2 MENDOZA Y FUERTES, M., *Libro primero de selectas noticias, dividido en nueve cuardernillos* (1800).

el vacío dejado por la destrucción, era junto con las imágenes de los patronos lo primero que se restituyó para el culto.

El proceso de mecanización (2º mitad del siglo XX)

Las campanas no fueron ajenas a los cambios que se produjeron en la Iglesia especialmente tras el Concilio Vaticano II, los aires de renovación inspirados por este impulsaron una idea de modernidad que exigía nuevas soluciones, eliminando de golpe rica tradición campanera que en los pasados siglos tuvieron los campanarios valencianos, considerados por algunos como: “*podios de conciertos, famosos en toda España, escuchados con delectación por centenares de buenos catadores*”³.

La situación cambiará significativamente a partir de los años 60 en que se vieron los toques tradicionales y las instalaciones con yugos de madera como algo atascado, un signo de atraso, que era preciso eliminar. La búsqueda de una adaptación a la modernidad, que se pretendía impulsar fue aprovechada por dos casas de fundición de campanas: por un lado Salvador MANCLÚS, en el Grao de Valencia, por otro Germán ROSES, Atzeneta d'Albaida. Precisamente este último era descendiente de la dinastía de fundidores más afamada en tierras valencianas. Ambos impulsaron el proceso de mecanización de las campanas, que fue vendido como una herramienta para atraer gente a la iglesia, signo de la modernización de los pueblos, que causaría la admiración de los visitantes.

Visto así parecía un negocio muy rentable, pero con un alto coste. En primer lugar se cambió la visión que se tenía sobre las campanas, eliminando su valor cultural e histórico, eran simplemente objetos de bronce, sin mayor significado. Desde época medieval las campanas eran consideradas un signo de comunidad y protección, por ello contaban con bellísimas epigrafías que mediante oraciones se protegía la comunidad, con otros elementos como las cruces, sin faltar otros detalles simbólicos en su iconografía, como el arcángel San Miguel (protector de los ataques del demonio) i Santa Bárbara (protectora frente a las tormentas). Todos estos elementos conferían a la campana un poder simbólico, su toque auyentaba el mal y los peligros. Frente a esta tradición se valoraron como objetos que hacían ruido y cuando se rompían había que fundir de nuevo.

Esta punto de vista supuso un ataque irreversible, puesto que una campana refundida pierde todo su valor histórico. La actitud de los fundidores se tradujo en la refundición de decenas de campanas históricas que habían sobrevivido a los avatares bélicos y que no pudieron escapar de este hecho. Así pues hasta fechas muy cercanas a nosotros, ya entrados los años 90 procedieron de este modo, con casos significativos. Por ejemplo en Llíria, las campanas de la iglesia de la Sangre pudieron salvarse de los destrozos de 1936, pese a esto solo dos campanas de las cinco históricas han llegado a nuestros días. De las refundidas destacamos dos graves desapariciones: *la dels Combregars* que Vicent MARTÍNEZ había fundido en 1586 i *la Grossa* (1783) de Pascual ROSES. Ambas fueron sustituidas por dos nuevas, que reproducían su epigrafía, sin respetar las decoraciones originales. En La Jana la situación tuvo mayor polémica cuando se refundió la *Berteua*. La campana original era un magnífico bronce fundido por Juan DE BRACON en 1588, con una bella epigrafía: “*sicut rosa plantata in ierico santa dei genitrix ano de m d lxxxviii ioan de bracon me fecit sancte barthomee ora pro nobis*”. Pese a los esfuerzos de Josep Lluís GIL i CABRERA⁴ la campana fue condenada a la refundición en 1982, siendo substituida por una nueva que no guardaba ninguna relación con la antigua, afortunadamente la campana refundida fue fotografiada antes de la refundición.

3 LLOP i BAYO, F., *L'afició a les campanes*. Pg 50.

4 GIL i CABRERA, J. L. *Informe- crónica de la refundición de la campana “San Bartolomé” de la Villa de la Jana*. Centro de Estudios del Maestrazgo, Boletín N°7, Julio- Septiembre 1984.

La mecanización supuso un enorme cambio en los mecanismos de toque y los accesorios de la campana. En primer lugar los yugos de madera no se podían mecanizar con la tecnología existente en España en ese momento, en otros países como Francia y Alemania ya habían conseguido combinar yugos de madera y motores desde principios de siglo, algo que no se dará en nuestro país ha casi los años 90.

Los yugos de hierro se empezaron a utilizar en los años 50, aunque debido a las limitaciones económicas del momento no se generalizaron hasta entrados los 60. La sustitución de los de madera por estos ya se había producido con anterioridad en campanarios como la Seu de Xàtiva (1923) o Borriana (1932). Tanto Roses como Manclús optaron por emplear este sistema, diseñando cada uno su propio modelo. Ambos utilizaban un modelo con el brazo de hierro en forma de U invertida, añadiendo sobre ella un elemento que les sirve de contrapeso. En el caso de Roses este tenía forma circular, con una cruz central en forma de trébol de cuatro hojas. Por su parte el de Manclús tenía forma alargada con una especie de volutas y cruz central. Estos disponían de una pequeña rueda con surcos para las correas que servían de transmisión al motor.

La mecanización se basó en unos potentes motores, conocidos como de vuelo continuo, que mediante un sistema de reductor y poleas, hacían voltear la campana en un mismo sentido y una velocidad constante. Para el repique disponían un mazo externo en el otro lado del que iba el motor, con un sistema de tres bobinas de cobre conectado a la corriente trifásica y de gran lentitud. Mientras que un campanero podía realizar varios golpes por segundo, el mazo apenas llegaba a uno. Estos sistemas impedían completamente el toque manual de la campana, puesto que el sistema de reductor, polea y las correas frenaban la campana, causando gran cansancio si se quería tocar a mano. Puesto que la campana giraba siempre con una velocidad constante y sin cambiar de sentido el toque era mucho más monótono, nada que ver con el tradicional volteo con cuerda, donde el ritmo varía a cada vuelta, además a cada vuelta frenaba la campana, dañando no solo el propio bronce sino el campanario.

En cuanto a los toques tradicionales, la destrucción patrimonial fue completa, como hemos apuntado estos sistemas de mecanización eran muy lentos y monótonos, por tanto no podían reproducir los antiguos, siempre rápidos y muy rítmicos, siendo sustituidos por pobres repiques que se limitaban a anunciar las celebraciones litúrgicas, que no admitían grandes variaciones, la campana sonaba con velocidad y volumen constante. Los toques de campanas perdieron las diferencias locales, si bien antes cada pueblo se expresaba con sus propios toques, ahora sonaban todos los campanarios igual, perdiendo la identidad particular de cada pueblo y los matices que cada campanero aportava.

Otro problema añadido a la mecanización eran los daños en el propio bronce. Al ser el yugo metálico este vibraba con la campana potenciando los sonidos agudos, mientras que amortiguaba los graves, que producían efectos más metálicos, en consecuencia sonaban peor. Los nuevos yugos desplazaron el eje de giro desde las asas de la campana hasta casi la mitad del bronce, con lo cual el eje de giro era menor, con golpes de badajo más amortiguados, rebotando más.

Parecía como si aquel mundo estuviera destinado a desaparecer completamente aplastado por los motores, los propios campaneros así lo creyeron, tocaban siendo conscientes de que eran partícipes de un mundo en vía de desaparición, melancólicos de un pasado que nunca volvería. Sin embargo y como veremos a continuación la nueva consideración hacia el patrimonio histórico-artístico que nacerá en los ochenta tendrá influencia en las campanas, empezando su renacer a finales de los ochenta.

El renacer de las campanas

Parecía que con la mecanización estaba todo perdido, no obstante en cuestión de unos años empezó todo a cambiar, los avances tecnológicos y especialmente la consideración de que las campanas, toques e instalaciones también tenían valor patrimonial e histórico. Paralelamente reaparecieron grupos de voluntarios, que con toda la ilusión del mundo se propusieron recuperar aquel mundo en vías de desaparecer.

Por aquellos años las empresas de fundición seguían trabajando de la misma manera que en las décadas anteriores, sin embargo ya no gozaban de total impunidad, como sucedió en el caso de Cheste en 1987. Esta población contaba con un importante juego de campanas fundido por Josep LLEONART en 1780, de las que cuatro campanas aún se conservaban en 1987, mientras que otras dos habían sido refundidas y otra estaba rota. La propuesta realizada por MANCLÚS contemplaba la mecanización del conjunto siguiendo el modelo que venían realizando, con yugos de hierro, motores de vuelo continuo y martillos trifásicos. Puesto que la intervención se iba a realizar en un campanario que contaba con la protección de monumento la Generalitat Valenciana intervino paralizando los trabajos. Siguiendo la Ley de Patrimonio Histórico Español se elaboró un proyecto de restauración del conjunto, con criterios muy diferentes de los propuestos por la empresa: en primer lugar la campana rota no debería ser refundida, sino soldada; para las dos campanas que habían sido refundidas se proponía fundir de nuevo, pero dotándolas de las mismas características que pudieron tener en origen las originales de 1780, estudiando las existentes. El conjunto de seis campanas sería restaurado reponiendo los yugos de madera y mecanizadas con nuevos motores y martillos que reprodujeran los toques tradicionales y no impidieran realzar los manuales. Tras mucho trabajo se consiguió encontrar un artesano que fuera capaz de realizar estos yugos, Albert BARREDA, de Barcelona; mientras que la mecanización sería obra de France Carillons, quienes adaptaron los motores de impulsos que ya instalaban en Francia desde los años veinte a las características del volteo. Los toques serían controlados por un ordenador que permitía gravar múltiples combinaciones. En este sentido Cheste y también la población castellonense de Vilafamés sentaron las bases del procedimiento actual de restauración de campanas.

Un punto de inflexión fue el VIII Congreso de Conservación de Bienes Culturales, desarrollado en Cheste en septiembre de 1990. Dentro de este se dedicó una tarde dedicada exclusivamente a la restauración de campanas con la participación de expertos procedentes de Francia y los Países Bajos, así como nacionales y con una mesa redonda en que participaron cinco fundidores españoles que seguían en activo en aquel momento. Lo más destacado fue la mesa redonda, cuya transcripción permite ver la mentalidad de aquellos fundidores⁵: afirmaban que era imposible la mecanización sin yugos de hierro, desechando por tanto la utilización de los de madera; que no se podía soldar una campana, por tanto había que refundirla; tampoco creían posible que un ordenador pudiera controlar los toques de campanas, puesto que sería carísimo y muy complicado de manejar. En definitiva ignorando la citada Ley de Patrimonio, ellos seguían ofreciendo los mismos productos de siempre a una clientela más interesada en que la operación les fuese lo más barata posible que en realizar una restauración coherente con los valores tradicionales, adaptándolos a la nueva realidad. En ese mismo congreso se presentó ante los fundidores una campana soldada, la *Campana de Quarts*, de Sant Mateu y además se realizó un concierto con las campanas de Cheste, primero con toques realizados por el ordenador y seguidamente uno de toques manuales. Los fundidores sacaron miles de defectos a las nuevas instalaciones, no obstante al poco se pusieron a investigar en sus talleres sobre estas novedades y ofreciendo a los clientes este nuevo concepto de restauración.

5 GREMI DE CAMPANERS VALENCIANS. *La restauració i la protecció de les campanes en el VIII Congrés de Bens Culturals*. Revista "Campaners", València 1993.

Las campanas en el presente, la nueva consideración hacia las mismas

Las restauraciones de Cheste y Vilafamés aún tardaron en cuajar entre los fundidores, de este modo durante los años siguientes la mayoría siguió con los yugos de hierro. Ejemplos de estas actuaciones los encontramos en La Pobla de Vallbona, donde el fundidor cántabro Aber PORTILLA dotó a las nuevas campanas fundidas en 1993 de yugos metálicos, o MANCLÚS. La restauración de las campanas de la Catedral de València fue realizada también por France Carillons, con las mismas características que en Cheste, pero solo mecanizando una sola campana con motor de impulsos.

No obstante poco a poco la mentalidad fue cambiando ya entrados los noventa aparecieron en la Comunitat Valenciana nuevas empresas dedicadas a la restauración de campanas como fue el caso de GERVIT, con una vida muy efímera y otras dos aún existentes. Por otro lado Manclús pasó a ser una cooperativa, compuesta por los miembros de la antigua fundición, que había dejado de funcionar.

Tanto la campana, como las instalaciones y los lugares donde se sitúan se ven ahora como un conjunto integrante, en el que todos sus elementos deben ser puestos en valor para una correcta preservación de este rico patrimonio. La campana ha dejado de ser un simple objeto que hace ruido, para transformarse en un instrumento musical, que forma parte de la identidad colectiva de un pueblo y con valor histórico-artístico. Actualmente los criterios de restauración se basan en tres ideas básicas: conservar o restaurar las instalaciones originales, reproducirlos los toques tradicionales y no impedir los manuales.

¿Cómo se han reflejado estos valores en las campanas?, en primer lugar para una restauración se realiza un proyecto en consonancia con la realidad del lugar donde se sitúan las campanas y si que este se lo más fiel al estado en que se encontraban antes de la mecanización. Los yugos de hierro son sustituidos por nuevos de madera, que devuelven al bronce la sonoridad original perdida. Las campanas con valor histórico no se refunden, sino que la técnica de la soldadura (realizada en Alemania) permite recuperar el bronce, causando tan solo una pequeña pérdida en las decoraciones. La mecanización se realiza con motores de impulsos y martillos más modernos, que no suplen la figura del campanero, pero ya permiten un toque que imita hasta cierto punto los toques tradicionales de campanas, con variaciones en la velocidad y el ritmo. Las campanas y sus toques están controlados por un ordenador, que permite gravar gran variedad de toques, evitando de este modo la monotonía y simplicidad de las mecanizaciones de los 60 y siguientes.

Unido al nuevo concepto de restauración fueron surgiendo asociaciones interesadas en la recuperación de los toques manuales de campanas, pero que no solo se dedican a tocar, sino también al estudio, conservación y divulgación de este rico patrimonio. Los nuevos grupos surgieron con un nuevo concepto de campaneros, dejando de lado la consideración de oficio, para convertirlo en afición. Pioneros en este sentido fueron els *Campaners de la Huitava del Corpus*, que comenzaron a funcionar en 1971. No se trataba de un grupo contratado para tocar, sino un grupo de gente que sin ningún ánimo de lucro se encargó (y aún lo hace, reconvertidos en *Campaners de la Catedral de València*, donde actualmente siguen tocando) de los toques de las campanas del Colegio del Patriarca para su fiesta principal. En un principio fueron vistos como unos melancólicos, los últimos campaneros que no tendrían mucho futuro. Sin embargo poco a poco la consideración fue cambiando y en 1988 se empezó a tocar en la Catedral, consiguiendo en estos 24 años que el conjunto catedralicio fuera recuperando el esplendor perdido por mecanización parcial de 1968.

No fueron los únicos, así poco a poco fueron surgiendo distintas asociaciones: los Amigos de las Campanas en Segorbe, la *Colla de Campaners d'Ontinyent*; así como en poblaciones como Albaida,

Massanassa y más recientemente en Sagunt, Moixent o Alaquàs, solo por citar algunos nombres. Todos ellos tienen en común la voluntaria dedicación hacia las campanas, así como la juventud de sus integrantes, quienes conscientes del patrimonio que tienen entre sus manos tratan de hacerlo llegar a la sociedad, para que esta lo viva y sienta como propio.

Bibliografía.

GIL i CABRERA, J. L., *Informe- crónica de la de la refundición de la campana “San Bartolomé” de la Villa de la Jana*. Centro de Estudios del Maestrazgo, Boletín nº7, Julio-Septiembre 1984.

GREMI DE CAMPANERS VALENCIANS. La restauració i la projecció de les campanes en el VIII Congrés de Béns Culturals. Revista Campaners, València, 1993

LLOP i BAYO, F.; MARTÍN, L., *Campanas vivas, la música más alta de Valencia*. Ajuntament de València, València, 2007.

LLOP i BAYO, F., *L'afició a les Campanes. Paisatge urbà i tocs tradicionals en la Ciutat de València*. Consell Valencià de Cultura, Paterna, 2003.

PITARCH ALFONSO, C., *Noves campanes majors a la València del segle XVIII: El “Borrego” i la “Maria Salvadora”*. Publicat en “Notícies” Nº6- Gener 1997. Gremi de Campaners Valencians,

VIDAL CORELLA, V. *Las campanas de la Torre de Santa Catalina*. Dins de “Las Provincias”, 14-02-1960.